

CONVERSACIONES CON OLGA OROZCO

En los últimos días de 1995, Olga Orozco me invitó a tomar el té en su departamento de la calle Arenales. Cuando concurrí, estaba también allí nuestra común amiga Gloria Alcorta, quien viajaba todos los años desde París, donde residía, para pasar parte del verano en Buenos Aires y La Paloma, en el Uruguay. Durante aquella reunión, me propusieron coordinar una serie de diálogos con vistas a un libro. Las dos habían grabado ya conversaciones que, posteriormente, al oír las, consideraron muy desordenadas, motivo por el cual pedían mi colaboración.

Fue así como, a principios de 1996, nos reunimos semanalmente en el departamento de Olga, entre libros, cuadros, estatuillas, máscaras africanas y helechos que avanzaban desde el balcón como si quisieran invadir el luminoso *living*. Sentados alrededor de una pequeña mesa —desplazado un búcaro con flores por el grabador—, Olga y Gloria respondieron a mis preguntas, e intercambiamos comentarios a lo largo de varias jornadas. Hablábamos de todo lo humano y lo divino, especialmente, sobre algo que —los tres estábamos de acuerdo— participaba de ambas categorías: la poesía. El resultado fue el texto de *Trayectorias* (título elegido por Olga). Cuando se lo comenté a Hugo Beccacece, entonces a cargo del suplemento literario de *La Nación*, me propuso publicar un adelanto. Fueron dos páginas con fotografías, que sirvieron para que el libro, publicado después por Sudamericana, se agotara en pocos meses. Lamentablemente, la editorial no quiso reeditararlo. En dicho libro, junto a la evocación de personajes europeos que Gloria Alcorta conoció o de los que fue amiga, como Max Jacob, Antonin Artaud, Serge Lifar, Pablo Picasso, Saint-John Perse o Albert Camus, desfilaban los recuerdos de Olga, por ejemplo, el del poeta Oliverio Girondo, cuñado de Gloria, y anécdotas que, narradas con su voz profunda y grave, me parecían verdaderos cuentos. Una de las anécdotas, traspapelada en la grabación —por eso no aparece en el libro—, remitía a la época en que Olga, muy joven, residió en Bahía Blanca. Tuvo allí un festejante aviador que la invitó a asomarse a la ventana al día siguiente y mirar hacia lo alto. Así lo hizo la adolescente y pudo ver un avión que, después de efectuar varias cabriolas, dibujó en el cielo con letras de humo su nombre. Pocas mujeres deben de haber recibido una prueba de amor tan original. Meses más tarde, en plena Segunda Guerra Europea, el muchacho viajó a Inglaterra, se alistó como voluntario en la Real Fuerza Aérea y murió en un combate.

Hay otra anécdota aún más novelesca. Poco antes de venir a la Argentina como inmigrante, el padre de Olga, oriundo de la ciudad siciliana de Capo d'Orlando (el apellido paterno era Gugliotta; Olga adoptó el Orozco de su madre), tuvo un hijo con una mujer cuyo marido se hallaba en el frente de Eritrea. Cuando este regresó y se enteró de lo sucedido, se separó de la esposa. El padre de Olga, que logró aquí una holgada situación económica, envió regularmente dinero para pagar los estudios de aquel hijo que no llegó a conocer. Olga supo esta historia tras la muerte de su progenitor. El relato del viaje que hizo a Sicilia y su encuentro con el medio hermano, ante la reticente mirada de su mujer, es una fascinante y conmovedora narración que la poeta cuenta en el libro.

De aquellas animadas conversaciones, salpicadas muchas veces por el humor de las dos amigas, quiero rescatar, muy especialmente, los juicios y comentarios de Olga Orozco acerca de la poesía y los mecanismos de la creación estética. Leídos hoy, impresionan como textos largamente meditados y escrupulosamente escritos. Sin embargo, fueron vertidos de manera espontánea, sin que se necesitara retocarlos para la elaboración final del libro. Fue entonces cuando Olga comentó el papel que, según ella, desempeñan en la poesía el sentimiento y la razón. Un párrafo antes, Gloria había recordado la frase que el Zorro dice al Principito en el famoso libro de Saint-Exupéry: "Solo se ve con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos". "Yo creo —dijo Olga— que el mundo es un relámpago de lo invisible, que lo esencial no se ve, pero de la misma manera que no se ve el sentimiento tampoco se ve la razón. Pienso que lo esencial es la conjunción de las dos cosas". En otra página, afirmó: "La poesía sirve para indagar en lo desconocido; esos enigmas que son tan importantes que, a veces, enajenan". Olga Orozco creía en la magia, en la quiromancia y en la astrología, tanto es así que, durante algún tiempo, redactó el horóscopo en la revista *Claudia*. Un amigo, humorísticamente, le inventó el apodo "Olga Orozcopo". No faltaron quienes la consideraran una especie de sacerdotisa, practicante de ritos esotéricos, pero hay mucho de lucidez y de rigor en sus versos, esos versos que se expanden en imágenes de majestuoso esplendor, como salmos o plegarias. Descreo que surgieran de un trance "mediúmnico", como aventuró algún comentarista, sino de una madura conciencia creadora, de una sutil y delicada elaboración, rasgos que, junto con su intuición reveladora, hicieron y hacen de ella una de las voces más importantes de nuestro país.

Durante una de aquellas charlas se habló de un tema que no podíamos soslayar: la muerte y el misterio que nos acecha del otro lado. Desde joven a Olga le había inquietado ese enigma, era una de sus obsesiones. "Yo, Olga Orozco, desde mi corazón digo a todos que muero", escribió en su libro de 1952, titulado precisamente *Las muertas*. Uno de sus últimos volúmenes, *Con esta boca, en este mundo*, de 1994, está hecho, según ella misma lo reconoció, de ausencias, agonías y pérdidas.

En un pasaje de *Travesías*, después de que Olga afirmara su sólida fe religiosa, le reiteré qué pensaba, entonces, del más allá, si le tenía miedo. Y ella respondió: "Sí, le tengo mucho miedo". ¿Cómo es posible —volví a preguntarle— que, teniendo tan firme fe religiosa, le temas a la muerte?

Olga contestó: "Eso es lo que no sé, lo he pensado mucho. Me parece que le temo a las metamorfosis, muy complicadas sin duda, que vendrán después. También nací llorando y creo que, hacia el otro lado, voy a llegar aterrada como lo estaría cuando llegué a este. No puedo pensar que, después de la muerte, haya nada. Debo de tener algún nudo de duda y, entonces, me veo presenciando mi propia nada en un relámpago, y eso es lo que me hace sentir temor. Pienso en la muerte todos los días, creo que he pensado en ella todos los días de mi vida".

El domingo 15 de agosto de 1999, en el Sanatorio Anchorena, Olga Orozco dejó de pensar en la muerte; ese día la muerte la separó definitivamente de sus libros, sus amigos, sus recuerdos, de su espléndido balbuceo de palabras y símbolos. Ahora son sus poemas los que la piensan y recuerdan.

Una fría mañana, al día siguiente de su muerte, sus amigos la acompañamos al Jardín de Paz, en Pilar, donde Olga descansa desde entonces. Yo, para concluir, elijo uno de sus versos y le pongo signos de interrogación: "¿Será necesario morir para vivir el canto glorioso de la tierra?".

Olga Orozco había nacido en el pueblo de Toay, provincia de La Pampa, el 17 de marzo de 1920. Hoy tendría cien años.

Antonio Requeñi